

defensa de su honor ultrajado, no obtuvieron en cambio de seis años de sacrificios otro resultado, que el de entregarse de nuevo bajo el yugo de un déspota, que, unido á los intereses de las clases privilegiadas de la nacion, no creía que debian ser gobernados sino conforme á su real voluntad.

Las noticias de los sucesos ocurridos en España durante los tres primeros meses de ese periodo que acabo de recorrer, esto es, desde el motin de Aranjuez hasta la declaracion de guerra hecha por la junta de Sevilla contra la Francia, fueron llegando sucesivamente á Vera-Cruz y difundiéndose por toda la Nueva-España desde principios de Junio de 1808, y es fácil comprender la fuerte sensacion que ellas causarian en una colonia dominada enteramente por las ideas españolas, y acostumbrada á no ver ni discurrir sobre las cosas sino del mismo modo que se veia y se discurría en la metrópoli. Al contento con que generalmente fué recibido en ella el anuncio de la caida del valido príncipe de la Paz y de la abdicacion del rey D. Carlos IV en favor de su hijo D. Fernando, que acá como allá era objeto de grandes esperanzas, se siguió la sorpresa é indignacion que produjeron los pérfidos manejos con que Bonaparte pretendió arrebatar la corona á los reyes de España, despues de haber ocupado militarmente con engaño una gran parte de su territorio; y por último, las noticias de lo acaecido en Madrid el 2 de Mayo, del levantamiento general que este suceso habia ocasionado en toda la Península, y de la resolucion adoptada por la junta de Sevilla de hacer la guerra á Bonaparte, vinieron á sacar á los habitantes de la Nueva-España de su quietismo habitual, haciéndoles participar de la frenética exaltacion que allá habian producido.

Desde aquellos momentos, aunque el virey de esta colonia D. José de Iturrigaray, deseando conducirse con el tino y circunspeccion que exigian los últimos acontecimientos de la metrópoli, pensaba tomar algunas medidas ilustradas para salvarla en lo posible de las desgracias á que la conduciría indudablemente el estado de anarquía en que ésta se encontraba en

vuelta, sus juiciosas opiniones fueron rechazadas por las demas autoridades civiles y eclesiásticas, y tuvo que ceder al torrente de la ignorancia y de las pasiones de la mayoría de éstas, que desde luego comenzaron á señalarlo con la fea nota de traidor á su patria, mientras se preparaban á cometer con él un escandaloso atentado.

La *Gaceta* de México, que hasta entonces prodigaba al emperador de los franceses los mas grandes elogios, comenzó á tratarlo como al mas despreciable de todos los hombres; los ayuntamientos y demas corporaciones de la capital y de las principales ciudades de las provincias, se apresuraron á dirigir al virey patrióticos manifiestos en los que ofrecian *sacrificar sus personas, vidas y haciendas* en defensa de los derechos de sus legítimos soberanos, y desde luego comenzó á apoderarse de los españoles, aunque bajo la apariencia de la mas exagerada fidelidad, ese espíritu de insurreccion que habia de arrastrarlos á algunos excesos contra las autoridades constituidas, y que comunicándose luego á los hijos de este país, ó á los *criollos* con cuyo nombre se distinguian entonces éstos de los peninsulares, debia dar por resultado á la España la pérdida de esta rica parte de sus dominios en el continente americano.

En medio de la excitacion general que reinaba en los ánimos, el pueblo de Vera-Cruz, compuesto en su mayor parte de españoles ó de mexicanos que les eran enteramente adictos, y que por la situacion de aquella ciudad como puerto único de la colonia, se creía llamado á ser el primer escollo en que se estrellasen las intentonas que sin duda habia de promover el gobierno intruso de Bonaparte para apoderarse de ella, procuró distinguirse por su entusiasmo, con tanto mas motivo, cuanto que, desconfiando ó aparentando desconfiar de la lealtad del virey, á quien se suponía inclinado á aprobar los convenios hechos en Bayona entre D. Carlos IV y Bonaparte, por las relaciones de amistad que llevaba con el príncipe de la Paz, de quien era criatura, consideraba de su deber fomentar de cuantas maneras le era posible el espíritu público contra tales ideas.



El 22 de Julio dirigió el ayuntamiento de aquel puerto al Sr. Iturrigaray una larga exposicion, en la que despues de manifestarle el *imponderable descontento en que se hallaban sumergidos todos sus habitantes* desde que se supo allí por la barca Ventura la renuncia que el rey y los príncipes de España habian hecho en favor del emperador de los franceses, concluia protestándole los ardientes deseos que todos ellos tenian de hacer los mayores sacrificios para sostener la causa de sus reyes y de la religion. El dia 26 del mismo mes, con motivo de haber llegado allí la goleta *Esperanza*, procedente de Barcelona, con las noticias del levantamiento general de España, de la declaracion de guerra hecha á la Francia y del armisticio ajustado con la Inglaterra, las autoridades y el pueblo manifestaron su regocijo con los acostumbrados repiques de campanas, funciones de iglesia, cortinas é iluminaciones en el exterior de los edificios; y á estas demostraciones se sucedieron luego otras que contribuyeron á llevar la exaltacion de parte del pueblo á un grado que no podia dejar de producir algun trastorno en el orden público, como en efecto se verificó pocos dias despues, del modo que vamos á ver en seguida.

El 10 de Agosto, entre las seis y las siete de la mañana, anunció el vigía del castillo de San Juan de Ulúa, que se hallaba á la vista un buque con pabellon francés que se dirigia hácia el puerto, y aquel anuncio, como puede muy bien suponerse, lo fué tambien de un gran conflicto para las autoridades de la ciudad, así como para la parte pacífica de su vecindario.

Luego que se ratificó por las señales del vigía que aquel buque, que era una goleta de guerra, venia al puerto, un ayudante de la comandancia del apostadero, llamado D. Rafael Dominguez Aguayo, sin tomar órdenes de su jefe, á pesar de hallarse éste en la ciudad, observando que no habia enviado el práctico de costumbre, se dirigió en un bote al castillo, y dió por sí órdenes á la fragata de guerra *O* y al bergantin guardacostas *Sacta*, que se hallaban anclados en la bahía, para que cargasen inmediatamente sus cañones por la banda de babor,

y estuvieran prontos á hacer fuego sobre la goleta francesa, en el caso de que intentara fugarse despues de haber echado sus anclas, con cuyo objeto iba á disponer él mismo que se colocase entre dichos buques. Dadas ya estas órdenes, el citado oficial se dirigia al castillo de San Juan de Ulúa, para tomar allí un práctico y llevarlo á bordo de la goleta, á fin de que la condujera al punto indicado, donde se proponia intimarle que se rindiese; mas como al aproximarse al castillo observó que la batería baja de Guadalupe estaba ya preparada para dirigir sus tiros sobre la goleta, y aun oyó que del baluarte de San Pedro, donde se hallaba el comandante de la fortaleza, que lo era entonces el brigadier D. Juan Camargo, dieron la orden al jefe de la citada batería para que hiciera fuego, como lo verificó, á pesar de estar todavía aquel buque muy lejos del alcance de la artillería, determinó volverse á Vera-Cruz, con el objeto de dar allí parte á su jefe de lo que pasaba.

Al regresar dicho oficial al muelle, encontró en el tránsito al comandante del apostadero, que lo era el capitán de navío D. Ciriaco de Ceballos, quien se dirigia en su falúa al castillo; y habiéndole seguido, recibió allí de él la orden de pasar con una bandera parlamentaria á la goleta, que al ver que se le hacia fuego se habia detenido, poniendo la señal de que tenia algo que comunicar, y averiguase lo que tenia que decir. En cumplimiento de esta orden, se dirigió ya dicho oficial en un bote, acompañado de una falúa, hácia la goleta, y preguntando á su comandante cuál era el objeto que allí lo traia, contestó éste que venia de la isla francesa *la Guadalupe*, estando limitada su comision á conducir un oficial que enviaba el gobierno particular de aquella colonia al de la Nueva-España, con unos pliegos que habian venido allí de Bayona, en un buque llegado á la citada isla dos dias antes de su salida de ella, añadiendo que extrañaba que se le tratase como enemigo, y concluyendo con pedir que se le concediera el permiso de entrar en el puerto.

En vista de esta contestacion, el ayudante Dominguez, que



segun parece era muy inclinado á disponer por sí, dijo al comandante de la goleta que podia entrar, con cuyo objeto le dejó con el bote al patron de la falúa para que le sirviera de práctico, y regresó al castillo, donde fué reconvenido por el comandante del apostadero, quien le mandó que de nuevo volviera hácia la goleta, é impidiera su entrada, mientras que él, obrando de acuerdo con el gobernador de Vera-Cruz, á quien escribia en aquel momento, disponia lo que debia hacerse. Así se ejecutó inmediatamente, y como el viento estaba muy escaso aquel dia, y la goleta se encontraba todavía mas allá de la punta del Soldado, pudo comunicarle allí el ayudante la nueva orden que llevaba, manteniéndose al costado de dicho buque por espacio de mas de una hora, hasta que recibió una esquela del Sr. Ceballos, en la que le prevenia que permitiese á la goleta entrar, con lo cual se dirigió por fin aquel buque á la bahía, donde fué ocupado en el acto por un oficial y algunos soldados, con la orden de mantenerlo incomunicado hasta que se extrajeran los pliegos que conducia, y se determinaba lo conveniente acerca del buque y su tripulacion, quedando desde luego declarado por buena presa, y haciéndose arriar inmediatamente la bandera francesa.

Mientras que todo esto pasaba á la vista de la ciudad, reinaba en la mayor parte de su vecindario la agitacion que naturalmente debia producir allí la presencia de buque de guerra francés despues de los sucesos que habian tenido lugar en la Península, y como es de costumbre en los casos de esta naturaleza, las suposiciones de los mas exaltados, por mas absurdas ó ridículas que fueran, circulaban de boca en boca como verdades averiguadas, aumentando la alarma general y disponiendo los ánimos á un gran trastorno.

Entre las falsas noticias que se hicieron correr, se admitió como un hecho indudable el de que á bordo de la goleta se encontraba el ministro D. José Miguel de Azanza, antiguo virrey de México, en union de otros personajes conocidos como lo era él, por su adhesion á la causa de Bonaparte, los cuales

se decia que venian enviados por éste para asegurar su dominio en esta colonia. Aquel rumor, haciendo concebir á un gran número de los mas exaltados el proyecto de pasar á bordo del buque con el objeto de castigar á los supuestos personajes, á pesar de la orden que se habia dado para que permaneciera incomunicado, fué el origen de todos los desórdenes que se cometieron despues, porque el comandante Ceballos, luego que tuvo conocimiento de tal proyecto, y creyendo que debia evitar su ejecucion, no ya para salvar del furor popular á unos personajes que no existian sino en la imaginacion de los que deseaban hallar un pretexto para dar un escándalo, sino para precaver otros males, hizo fijar inmediatamente en la puerta del muelle una orden, prohibiendo á todos los individuos de la matrícula del puerto el aproximarse con sus botes á la goleta, ó conducir persona alguna á ella, é imponiendo la pena de muerte á los contraventores.

Hasta aquel momento, aunque algunos opinaban que era mejor haber impedido la entrada á la goleta, y elogiaban la conducta del comandante del castillo que mandó hacerle fuego, la mayoría habia aplaudido la resolucion dictada por el Sr. Ceballos para que se le permitiera entrar; mas tan luego como apareció fijado aquel rescripto, que se consideró como un acto del mas insoportable despotismo, la indignacion de los que vieron en esa providencia un freno para la realizacion de sus planes, se declaró contra este jefe, y desde luego comenzaron á difundir voces calumniosas acerca de su lealtad, haciendo creer que su objeto al impedir toda comunicacion con la goleta, era sin duda el de favorecer la introduccion de los imaginarios personajes que en ella venian, y con los cuales estaba de acuerdo para favorecer la causa de Bonaparte.

Fijándose por este medio el encono de los directores del proyectado escándalo y sus secuaces, contra la persona del comandante del apostadero, ya no se pensó sino en el modo de satisfacer en él sus deseos de venganza, y éste no podia ser otro que el de promover un trastorno público, que cubierto con



un falso velo de lealtad y del mas exagerado patriotismo, asegurase la impunidad de las faltas de respeto á las leyes y aun los crímenes que se cometieran, imitando lo que acababa de ejecutarse en varias de las principales ciudades de España, cuyo ejemplo era tan á propósito para alentar á cuantos deseaban promover esta clase de asonadas, como para intimidar á las autoridades que temian hacerse sospechosas si contenian tales desmanes.

A las dos de la tarde del mismo dia estaban ya reunidos en una casa pública que llevaba el nombre de *Gran Sociedad*, sita en la calle de las Damas, la mayor parte de los conjurados, mientras que otros de ellos, excitando al pueblo á la rebelion, habian logrado formar algunos grupos numerosos que recorrían ya las calles por diversos rumbos, gritando, *¡muera los traidores!* En seguida, habiéndose apoderado de los campanarios de las principales iglesias, comenzaron á tocar á rebato, con lo cual muy pronto la plaza de armas y las calles inmediatas se vieron inundadas de gente que pedía á gritos que se reuniera el ayuntamiento para escuchar sus deseos, y se mantuviera en sesion permanente hasta que quedasen satisfechos. Como la reunion del cuerpo municipal no podia tener efecto con la brevedad que se pretendia, y no era posible por otra parte que un motin de esta clase permaneciera sin accion por tanto tiempo, mientras que algunos grupos formados por los mas inquietos se dirigian á las casas de los consejales, con el objeto de conducirlos al palacio, el mayor número de los conjurados se dirigió á la casa de D. Mateo Lorenzo de Murphy, donde se sabia que estaba Ceballos como uno de los convidados á la comida que dicho Sr. Murphy daba á sus amigos en celebridad de ser el dia de su santo, con la mira de apoderarse de él y satisfacer sus deseos de venganza; pero afortunadamente, informado con tiempo Ceballos de los proyectos de los amotinados, habia logrado evadirse de aquella casa, donde se encontraba en efecto poco antes, y trasladarse sin ser notado de sus enemigos á bordo de uno de los buques de guerra que se hallaban

en la bahía, salvándose por este medio de tener en Vera-Cruz el mismo trágico fin que con menos motivo acababa de tener en Cádiz el desgraciado general Solano.

Así es que, cuando se presentó aquel numeroso grupo de sublevados frente á la casa del Sr. Murphy, éste les manifestó que aunque Ceballos habia estado allí, se habia marchado ya hacia algun tiempo, y que aun entendia que se habia ausentado de la ciudad, agregando que si algunos dudaban de su palabra, podian entrar en su casa una ó mas personas de la confianza del pueblo, para que se cercioraran de la verdad de lo que él decia.

Con esta franca manifestacion, parecia que debia ya calmarse aquel escándalo, supuesto que habia desaparecido el principal objeto que lo provocaba; mas como una vez que el pueblo se lanza á un movimiento de esta clase, no es fácil luego poner límites á su accion, ni aun por los mismos que lo han promovido y dirigido en sus primeros pasos, el motin siguió adelante, haciéndose cada vez tanto mas terrible, cuanto que nada se disponia por parte de las autoridades para contener sus progresos, pues el gobernador militar interino de la plaza, que lo era el coronel D. Pedro Alonso, ya fuese porque no estando en la mejor armonía con el Sr. Ceballos, no habia querido emplear la fuerza para sofocar desde el principio una sublevacion en su contra, ó ya porque temiera que empleando la fuerza tomaria acaso un carácter mas sério aquel movimiento, se habia conformado con procurar personalmente apaciguar los ánimos por medio de la persuasion, manteniendo sobre las armas todas las tropas en sus cuarteles, resuelto á no hacer uso de ellas sino en un caso muy extremo.

Reunido ya el ayuntamiento en el palacio, todos los amotinados que se encontraban de nuevo en la plaza, exigieron que inmediatamente se hiciera venir á tierra toda la correspondencia que conducia la goleta, y habiendo accedido el cuerpo municipal á tal demanda, nombró en el acto para desempeñar aquella comision á los regidores D. Juan B. Lobo y D. Francisco



de Arrillaga, asociados del mayor de la plaza, nombrado por el gobernador. Estos individuos no tardaron mucho en regresar de la bahía conduciendo algunos paquetes y cajones de correspondencia é impresos que enviaba el nuevo gobierno de José Bonaparte á las autoridades de la Nueva-España, todos los cuales fueron abiertos en los corredores altos del palacio, á la vista del pueblo, dándoseles lectura por el Dr. D. Florencio Perez y Comoto, que fué elegido por el mismo pueblo para tal encargo, por tener la claridad de pronunciacion y todo el torrente de voz que se requería para ser escuchado de tan numeroso auditorio, quemándose en seguida todos la papeles.

Entre tanto que la mencionada comision habia ido á traer la correspondencia de la goleta, algunos individuos del ayuntamiento y otras personas interesadas en la conservacion del órden público, propusieron que inmediatamente se celebrara de un modo solemne la jura que aun no se habia hecho allí del nuevo rey de España D. Fernando VII, confiando en que esta ceremonia contribuiría á distraer los ánimos y daría un giro más pacífico á las ideas de aquella tumultuosa reunion; pero aunque en efecto se llevó á cabo ese pensamiento, y se prestó públicamente el juramento de fidelidad al nuevo monarca, en medio del mas estrepitoso entusiasmo, no se consiguió por esto el objeto que se habian propuesto sus autores, pues mientras que una parte de los sublevados y gran número de curiosos se entretenian con la ceremonia del juramento, la lectura de la correspondencia y el *auto de fé* consiguiente, que se celebraban en la plaza, algunos grupos de los que estaban mas encarnizados contra el comandante Ceballos, entre los que se hallaban muchos individuos de la matrícula, enemigos naturales de su jefe, ya que habian perdido la esperanza de sacrificar su persona, se dirigieron á su casa, donde destruyeron todo cuanto se encontraba en ella, conduciendo por último una carretela á la plaza, donde fué destrozada y entregada á las llamas, no habiéndose salvado de los golpes de aquella turba desenfrenada, ni aun los caballos que le servian, los cuales fueron bastante maltratados,

sin embargo de que los infelices animalitos no habian dado seguramente el menor motivo para que se les supusiera adictos á los franceses, ni menos para que se dudase de su fidelidad al legítimo soberano del pueblo español. Tampoco se escaparon de aquel asalto brutal muchos instrumentos y planos pertenecientes á la comision hidrográfica que el gobierno habia encargado al Sr. Ceballos, y en la que trabajaba tambien el teniente de navío D. Fabio Alifonsoni

Aproximándose ya la noche en medio de estos sucesos, el aspecto que tomaba aquel motin era mas y mas amenazante. Algunos de los sublevados, estimulados por los licores que habian bebido durante la tarde, alentados por la impunidad de que disfrutaban, y con toda la audacia que las tinieblas prestan al criminal para la ejecucion de sus mas perversos designios, no pensaban ya únicamente en saciar su saña contra la casa del Sr. Murphy, á quien consideraban cómplice de Ceballos, por haber favorecido su evasion, sino que ademas se proponian asaltar otras casas de varios comerciantes á quienes designaban como partidarios del gobierno francés, y destruir cuanto encontraran en ellas, de manera que ya nadie podia considerarse seguro de su casa, porque en medio de aquella efervescencia, bastaria la indicacion del enemigo mas despreciable, cosa que á nadie le falta, para ser vilmente atropellado y arruinado en sus intereses, debiendo reputarse todavía muy felices los que lograsen salvar su existencia y la de sus familias.

Para evitar la ejecucion de tan criminales intentos, manteniéndose siempre el gobernador en su resolucion de no emplear todavía la fuerza armada para reprimirlos, se adoptó, entre otras, la idea de hacer que las comunidades religiosas salieran rezando el rosario por las calles, con algunas imágenes de santos, con el objeto de ver si este espectáculo de devocion cristiana, influia en tranquilizar los ánimos, y en efecto lo hicieron así las comunidades de Nuestra Señora de la Merced, San Francisco, San Agustin y Santo Domingo, dirigiéndose á la calle donde vivia el Sr. Murphy, cuya casa era la primera